

LA MUERTE EN EL MUNDO CLÁSICO

Compartían los romanos con muchos otros pueblos el interés que les inspiraban las cuestiones relacionadas con la muerte y el bienestar de los muertos. Se creía que éstos podían traer a los vivos algún numen indeseable; que tal cosa sucediese se consideraba un caso de fortuna adversa, evitable mediante la observación de los ritos adecuados, cuyo fin era el de garantizar que el alma de la persona fallecida hiciera sin peligro el viaje entre el mundo de los vivos y el



de «las buenas gentes» o Manes.

Se preparaba con sumo cuidado el cuerpo del difunto; en un féretro, seguido en procesión por la familia, se llevaba el cadáver al lugar previsto para el funeral, que con frecuencia no era sino algún sitio a la vera de este o aquel camino, sobre todo en las afueras de pueblos y ciudades. A veces recibía el muerto sepultura en su propia tierra, acaso en la misma linde de cualquier finca. Solía ser corriente el enterramiento puro y simple, pero más corriente aún era quemar primero el cuerpo y sepultar luego las cenizas. El acto de inhumación –esto es, de «poner al muerto bajo tierra»- revestía suma importancia, porque, de no cumplirse, el espíritu del difunto rondaría la casa familiar, se aparecería a los suyos, y en fin, les traería continua malaventura.

Se atribuía al fuego virtud suprema contra las malas influencias de los desaparecidos. Probablemente sería ésta la razón por la que solía quemarse el cuerpo, y por la que abundaban las antorchas en los cortejos funerarios. Verificado el entierro, se purificaba la casa del muerto; los suyos lloraban durante nueve días y se hacían ofrendas a los Lares de la familia.

Las exequias de las personas importantes eran más complicadas. Tales personas solían tener en sus casas, en permanente exhibición, las mascarillas funerarias de los antepasados familiares. Se hacían éstas de cera; en los funerales las llevaban actores que encarnaban a los antepasados, cosa que impresionaba a los espectadores y tenía además una muy seria función ritual: se significaba de este modo que los antiguos parientes escoltaban al muerto hasta el sepulcro, que con toda probabilidad era un trabajo mausoleo familiar en las afueras de la ciudad. Salvo raras excepciones, no se enterraba a nadie dentro de los recintos ciudadanos.

Los muertos, una vez sepultados, no eran objeto de olvido. Todos los años, por el mes de febrero- mes de purificación-, se los recordaba en la parentales, festividad de los parientes. Por tradición, en estas fechas se visitaban las sepulturas, adornándolas con flores. Era corriente dejar en el momento del entierro comida y bebida en la tumba, renovando ambas cosas en las festividades parentales. Sin ellas, los Manes quedaban expuestos a pasar hambre, y por ende forzados a salir de sus sepulcros.

En mayo se celebraba otra festividad también relacionada con los espíritus de los muertos: eran las fiestas lemurias, justamente en la época en que según creencia general los malos espíritus (*lemures*) rondaban sus antiguas casas: ello traía consigo, por lo común, desastrosas consecuencias. El poeta Ovidio escribió una relación del ritual que había de cumplir todo amo de casa para devolver a los fantasmas al Mundo de Ultratumba. Debía levantarse a medianoche,

lavarse las manos y meterse nueve judías pintas en la boca; luego, descalzo, había que dar varias vueltas a la casa, escupiendo de una en una las judías y pronunciando en cada ocasión las palabras mágicas: «Con ésta pago recate por mí y por los míos.» Se suponía que los fantasmas iban tras él comiéndose las judías. Sin volver la vista, el hombre se lavaba las manos nuevamente, hacía sonar un gong y pronunciaba nueve veces otras palabras mágicas. Cuando por fin giraba la cabeza, ¡los fantasmas se habían marchado!

Poco nos dicen las viejas tradiciones itálicas respecto de la precisa naturaleza del lugar al cual supuestamente iban los espíritus de los muertos, y casi nada refiere respecto de los dioses y diosa que sobre aquellos reinaban. Los griegos, por su parte, fueron muchos más explícitos y de Grecia tomaron los romanos muchas ideas sobre Ultratumba y sus dioses. Muchos nombres recibió la deidad rectora del mundo inferior. Orco fue uno de ellos, derivado del sustantivo griego *horkós*, «juramento»; se creía que el dios se llevaba a los muertos a su oscuro, misterioso reino, y allí los tenía en eterna prisión. Dis Pater era otra denominación del mismo personaje, y también se le llamó Hades o Plutón, nombres todos de origen griego. Pero Plutón no era solamente el sombrío amo d Ultratumba: *ploutos*, en la lengua helénica, significa «riqueza», y así Plutón («el Rico») era también señor de los tesoros cultos en el seno de la tierra.

Nada tiene de sorprendente, pues, que se asociara el nombre de Plutón con dos importantes diosas, relacionadas ambas con la fertilidad: Ceres, diosa del cereal (Deméter para los griegos), y su hija Prosérpina (Perséfone). En la fábula griega, que los romanos adoptaron, estaba Prosérpina cogiendo flores en el campo cuando acertó a pasar por allí Plutón en su carro. Viéndola tan bella, determinó tomarla por esposa; la raptó y se la llevó al Hades. Ceres buscó a su hija por todas partes, enloquecida de pena, olvidando sus deberes de diosa: sin su guía no maduró el grano, árboles y plantas perdieron sus hojas y la tierra quedó baldía y yerma.

Por fin descubrió Ceres dónde estaba prisionera su hija, y envió al mensajero de los dioses ante Plutón, suplicando a éste que se la devolviese sana y salva. Accedió Plutón de mala gana; pero, dijo, devolvería a Prosérpina sólo si ésta no había comido nada durante su cautiverio. Por error había tragado Prosérpina siete granos de granada: en razón de esto, se acordó que había de pasar tres meses de cada año en el reino de los muertos, y que regresará al mundo superior en cada primavera. Desde entonces hay invierno, porque cuando su hija no está con ella Ceres vuelve el rostro y no mira a la tierra. Sólo cuando Prosérpina retorna brotan las flores y germina el grano y asoma tras abrirse camino desde la fría entraña de la tierra.

Hubo en el mundo antiguo muchos lugares a los que se supuso entradas al reino de Plutón. Según la tradición romana, una de dichas puertas estaba junto a un lago volcánico del sur de Italia, no lejos de Cumas, llamado averno.

Las descripciones romanas del Mundo subterráneo toman sus pormenores de los mitos griegos. Amén de ser el sitio donde Plutón y Prosérpina ejercían señorío absoluto, era también guarida de toda clase de monstruos, fantasmas y malos espíritus, y hogar espiritual de cuantos hombres habían vivido jamás.



Después de la muerte, toda alma bajaba a aquel dilatado y temeroso reino bajo la tierra, y había de cruzar en barca un río. El barquero, llamado Caronte, pedía a cada espíritu una moneda a cambio del transporte, y por esta razón solía ponerse una monedita bajo la lengua del difunto antes del funeral.

En la otra orilla del río la entrada al reino de Plutón estaba defendida por Cerbero, feroz pero guardián provisto de tres cabezas. Más allá de las puertas se bifurcaba el camino: una senda conducía al Tártaro, terrible lugar de castigo, y la otra al Elíseo, palacio de Plutón y tierra de eterna luz donde los que hubiesen vivido rectamente gozaban de felicidad perenne.

Alba Hernández, Latín, 4º ESO B